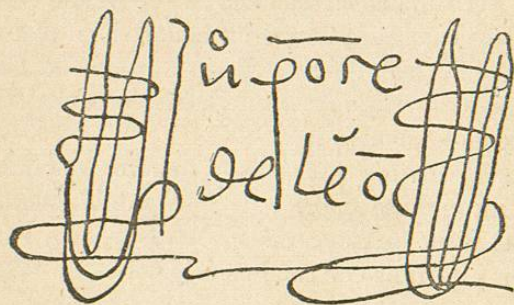


y riqueza, y reuniendo el resto de su capital, empleólo en aparejar una segunda expedición que tenía por objeto la exploración y colonización de La Florida. Los dos barcos con que abandonó á Puerto Rico conducían á bordo, además de doscientos hombres, gran número de caballos, vacas, ovejas y cerdos.

No es conocido dónde tuvo lugar el desembarque después de un viaje algo penoso; sólo sabemos que mientras estaban ocupados los colonizadores en la construcción de sus viviendas, cayeron sobre ellos los indígenas, teniendo lugar un sangriento combate en el que no sólo perdió Ponce de León muchos hombres, sino que fué también gravemente herido en un muslo por una flecha.

Reconociendo que no le era dado recoger el fruto de sus descubrimientos, desistió de todos sus planes y se volvió á Cuba con sus barcos, donde murió, á consecuencia de su herida, después de un prolongado período de penosa enfermedad. Extraño destino el suyo: allí donde creyó hallar Ponce de León el cuerno de la abundancia, gloria, oro y juventud eterna, sólo halló privaciones y heridas que precipitaron su muerte.



Facsimile de la firma de Juan Ponce de León



Retrato de Juan de Grijalva  
Según un grabado de la *Historia general de los hechos de los Castellanos*, de Herrera

#### DESCUBRIMIENTO DE YUCATÁN Y MÉXICO

Por más que Cristóbal Colón ya hubiese descubierto á Cuba en el año de 1492, quedó aún por bastante tiempo indeterminado el problema de si era isla ó continente. Ya se sabe que el gran genovés murió en la creencia de que Cuba pertenecía al continente asiático y que era idéntico al país de Mangi.

Mas ya en vida del Almirante había personas que opinaban de distinta manera: por ejemplo, en la carta más antigua que existe de América, hecha el año de 1500 por el piloto Juan de la Cosa (1), vemos representada á Cuba como una isla y el cabo occidental de la misma termina en un

(1) Esta carta se halla en el Museo de Marina, de Madrid.



promontorio en forma de tornillo, cuya característica forma casi hace suponer que Cosa había tenido noticias más precisas de la forma de Cuba por algún aventurero que la había circundado, y cuyo viaje no es conocido. Este problema no fué resuelto hasta el año de 1508, cuando Ovando, que era entonces gobernador de la Española, envió al navegante Sebastián de Ocampo con el encargo de averiguar la verdadera estructura de dicha isla. Ocampo resolvió las dudas que existían acerca del particular, navegando primero á lo largo de la costa Norte de Cuba, rodeando después el extremo occidental, ó sea el cabo de San Antonio, y pasando por la costa meridional para volver á la Española. Como por este viaje se comprobó al fin que Cuba era una isla, no tardaron en proceder á su colonización. Esta comenzó el año de 1511 Diego Velázquez. Los indígenas indios no pudieron oponer gran resistencia contra los inflexibles conquistadores, siendo en poco tiempo sometidos y repartidos como esclavos entre los españoles. Aquellos que se opusieron á ser dominados, fueron expulsados ó exterminados de la manera más cruel. No influyeron poco los sucesos de Cuba para decidir al P. Las Casas, magnánimo defensor de los indígenas de América, á publicar su obra acerca de la *Tiranía de los Españoles*, la cual obra fué traducida á varias lenguas europeas y produjo la impresión más penosa en su tiempo.

Las Casas relata la historia del cacique Hathucci, fugado de la Española, y que cuando supo que los españoles habían llegado también á Cuba reunió á sus partidarios y salió valerosamente al encuentro de aquéllos, que sólo pudieron rendirle después de algún tiempo. Los vencedores le condenaron á ser quemado vivo.

Ya estaba Hathucci amarrado al palo, cuando un fraile franciscano que se hallaba presente quiso intentar su conversión é inclinarle á recibir el bautismo, diciéndole que si lo hacía iría al cielo, donde reinaba eterna paz y alegría; pero que, si no quería convertirse, su alma iría al infierno y allí sufriría eternos tormentos.

El indio reflexionó un momento, é hizo después al fraile la pregunta de si los españoles iban también al cielo. «Sí, dijo el fraile, y sobre todo los piadosos» Entonces, sin vacilar un momento, dijo el cacique que no quería ir al cielo, sino que prefería ir al infierno para no encontrarse de nuevo con los crueles y tiranos españoles.

Sometida la población indígena, afluían á Cuba de día en día los aventureros sedientos de gloria, siendo pronto la *Perla de las Antillas* el punto de partida de numerosas expediciones para el descubrimiento y conquista de otros países.

Que existieran al Sudoeste de Cuba dilatados territorios, no tan sólo había que deducirlo de los informes dados por Colón sobre su cuarto via-

je, sino también de las afirmaciones del navegante Juan Díaz de Solís, el cual había visitado en el año de 1506, en compañía de Vicente Yáñez Pinzón, la isla de Guanaja descubierta por Colón, y que, prosiguiendo después su derrota con rumbo á Occidente, llegaron á un gran país. A alguna dis-



Martirio y muerte del cacique Hathucci en Cuba

Copia de un grabado inserto en la obra *Verdaderas descripciones de los países indios tomados y destruidos por los españoles*, de Bartolomé de las Casas

tancia de éste navegaron á lo largo de la costa, pero sin proseguir su descubrimiento.

Más detallados informes acerca de estas regiones desconocidas había de traer andando el tiempo la expedición de Hernández de Córdoba (1), rico hidalgo que el día 8 de febrero de 1517, con sólo tres barcos y ciento

(1) Era primo del Fernández de Córdoba decapitado en Nicaragua.

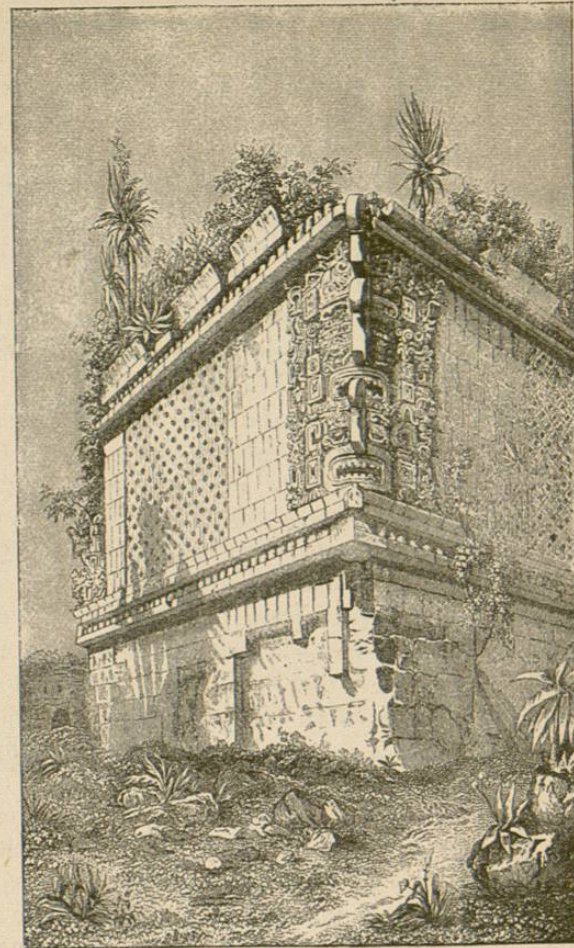


diez soldados, salió de Santiago de Cuba y llegó á una costa desconocida después de veintiún días de navegación. A punto de desembarcar vieron cinco grandes canoas aparejadas con velas y remos que avanzaban hacia los barcos. Los botes estaban llenos de indios, que invitaron á los españoles á visitar su ciudad, situada dos leguas al interior. Las palabras que emplearon para la invitación fueron las de *conéx catoch* (venid á nuestra ciudad), y los españoles, creyendo que era el nombre del país, llamaron á la llanura extrema donde habían desembarcado Punta del *Catoche*, cuyo nombre lleva aún en la actualidad la punta Norte de Yucatán.

Los españoles aceptaron la invitación, pero en el camino fueron objeto de una emboscada y sorprendidos, y sólo á la superioridad de sus armas debieron el poder regresar á sus barcos. Sin perder por un momento de vista la costa, que era sumamente llana, navegaron en dirección Oeste, y al cabo de quince días de viaje llegaron á un puerto en cuyas inmediaciones vieron una gran ciudad con casas de piedra, templos y torres. De nuevo fueron invitados por los habitantes, que vestían magníficos mantos de algodón de vivos colores, á visitar su ciudad, y después de alguna vacilación aceptaron. Allí vieron muchos templos construídos de piedra y estuco, cuyas paredes estaban grotescamente adornadas con ídolos, figuras raras, grupos de indios, culebras y cosas por el estilo. En el interior de un templo había grandes aposentos que contenían arcas de madera llenas de ídolos, platos con toda clase de dibujos, coronas de oro, y adornos en forma de peces, reptiles y patos. Al rededor de uno de los altares veíanse charcos de sangre fresca, resto de los sacrificios humanos ofrecidos á los dioses hacía poco tiempo. Los sacrificadores eran unos sacerdotes que, envueltos en largas y blancas vestiduras, y con el cabello enmarañado y revuelto, producían un efecto repugnante en alto grado. Los mechones de pelo estaban pegados unos á otros por la sangre coagulada, de tal modo que no hubiera habido peine capaz de desenredarlos. Dichos sacerdotes llevaron unos barreños llenos de carbones encendidos, sobre los que echaron copal, incensando con este humo á los españoles y ordenándoles, valiéndose de toda clase de gestos, que abandonasen en seguida el país.

Preparativos guerreros de todo género hicieron conocer á los españoles que allí les amenazaba un fin desastroso, en vista de lo cual abandonaron precipitadamente aquel lugar siniestro, llamado Kimpech, situado en el mismo sitio que ocupa el actual Campeche. Siguiendo la costa que volvía al Sudoeste, llegaron á poco á una ciudad llamada Potonchón, el actual Champotón, á una legua de distancia hacia el interior. La escasez de agua obligó á los españoles á ir á tierra para llenar los toneles, y mientras se ocupaban en esta operación fueron sorprendidos por multitud de

indios que vestían cotas de armas hechas de algodón, acolchadas y con respuntes muy juntos; iban armados de arcos y flechas, lanzas, hondas y grandes espadones y rodelas. En la cabeza llevaban adornos de pluma en



Ornamentación de un antiguo templo indio de Yucatán  
(Según Stephens)

forma de plumeros, y los rostros pintados de blanco, negro, castaño y rojo. Los españoles tuvieron que soportar un verdadero sitio, y hasta el día siguiente no lograron verse libres, y eso á cambio de grandes esfuerzos.

«Entonces, dice Díaz de Castillo, que tomó parte en la batalla, debió de haberse visto cómo corrían los indios detrás de nosotros gritando desforadamente y arrojándonos flechas que silbaban en el aire, y cómo



nos acosaban y dispersaban con sus lanzas. A lo anteriormente dicho hay que agregar otra desgracia: nuestros botes empezaron á sumergirse por habernos precipitado todos sobre ellos y ser el peso demasiado grande, viéndonos obligados á lanzarnos al agua y, agarrados á las lanchas, salvarnos nadando. A todo esto los indios nos perseguían en sus canoas hiriendo á muchos de nosotros, y sólo con ayuda de Dios pudimos salvar trabajosamente nuestras vidas. Llegados á bordo vimos que faltaban cincuenta y siete de nuestros compañeros, además de veintidós que habían sido hechos prisioneros y cinco que fallecieron á consecuencia de sus heridas. El combate había durado poco más de media hora, y los heridos sufrían dolores terribles, pues sus heridas se hinchaban atrozmente á causa de tenérselas que lavar con agua salada. Cada uno de nosotros había recibido tres ó cuatro heridas; solamente uno salió por completo ileso.»

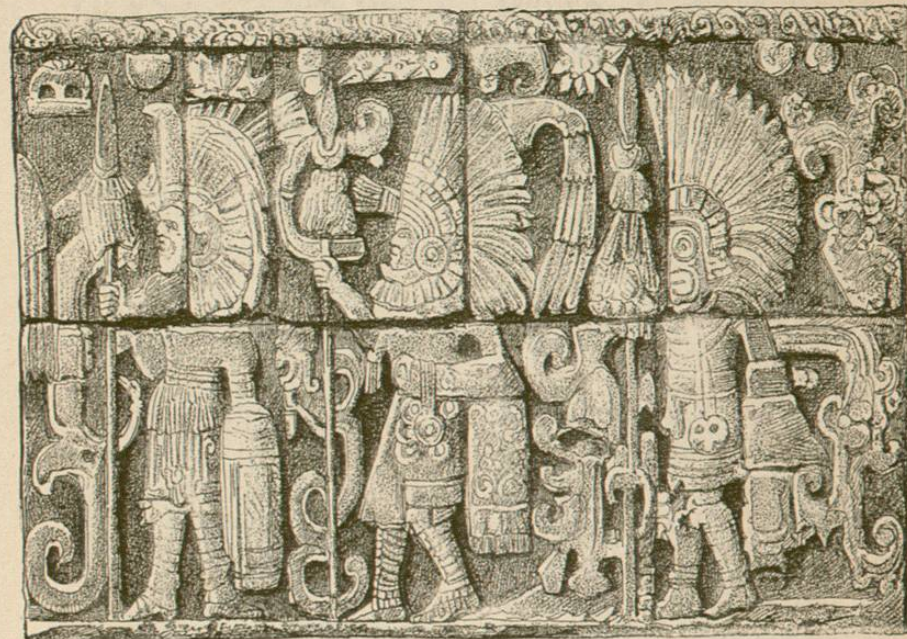
Hernández de Córdoba recibió doce flechazos. El teatro de este reñido combate fué consignado por espacio de mucho tiempo en las antiguas cartas españolas con el nombre de Bahía de la Mala Pelea.

Las grandes pérdidas sufridas determinaron á los españoles á volverse á Cuba, y sólo después de una larga y penosa travesía, llena de todo género de privaciones, llegaron á Puerto Carenas, la actual Habana. El director de la expedición, Hernández de Córdoba, murió allí, á consecuencia de sus heridas, á los diez días de su llegada. Tal fué el desgraciado fin de la primera expedición á Yucatán.

Las noticias de este nuevo país, y más aún la cantidad de objetos y adornos de oro traídos de allí, dieron á conocer y demostraron la importancia del descubrimiento; así es que Velázquez, el gobernador de Cuba, á pesar del mal éxito de la primera expedición, organizó una segunda, nombrando á su sobrino Juan de Grijalva, joven apto y emprendedor, jefe de ella. A principios de mayo del año de 1518 abandonó la escuadrilla, compuesta de cuatro barcos y doscientos cuarenta hombres, el puerto de Matanzas, en Cuba; pero la corriente impelió las embarcaciones en dirección más meridional que la seguida por los barcos de Córdoba, y arrastró á los navegantes hasta la isla de Cozumel, situada delante de la costa de Yucatán. Desde allí rodeó Grijalva toda la península, tocando en los mismos puntos visitados por su desgraciado antecesor. Por todas partes las grandes ciudades con sus blancas casas que brillaban á lo lejos, sus curiosos templos y santuarios, despertaban la admiración de los exploradores; el cuidadoso cultivo del suelo, los bien trabajados adornos de oro y los finos tejidos de algodón de vivos colores que vestían los indígenas les demostraban que habían llegado á un país cuyos habitantes poseían un alto grado de cultura, mucho más elevado que el de todos los pueblos del Nuevo Mundo conocidos hasta entonces. Mas también por todas par-

tes saliales al encuentro aquel salvaje espíritu guerrero, cuya violencia habían experimentado harto dolorosamente Córdoba y sus compañeros.

Más de una vez viéronse precisados á sostener combates, de los cuales fué el más sangriento el de la Bahía de la Mala Pelea. En cuanto desembarcaron en ella los expedicionarios, afluyeron los indígenas en gran número, demostrando con sus fieros ademanes que no habían olvidado la victoria alcanzada sobre los españoles. Con sus fantásticos trajes



Guerreros de Yucatán

Bajo relieve de un templo derruido en Yucatán (según Charnay)

de batalla, sus gruesas cotas de armas, y las cabezas y rostros adornados y pintados como ya hemos descrito anteriormente, hallábanse apiñados en la orilla los habitantes de Potonchón en actitud amenazadora, lanzando sobre los extranjeros tal número de flechas que muchos de ellos fueron gravemente heridos. Después de un rudo combate lograron al fin desembarcar los españoles, obligando á los enemigos á huir. Luego de haber permanecido bastantes días en el abandonado Patonchón, embarcáronse de nuevo, no tardando en hallarse frente á una ancha bahía á la que llamaron Boca de Término, creyendo al principio, equivocadamente, que el Yucatán era una isla. Tres días después llegaron, más hacia Occidente, á la embocadura de un gran río. Este era llamado Tabasco por los